

Sumatra

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Sumatra (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

He estado en las tierras de arpillera dónde se retorció el alba, a escasos kilómetros de cualquier ciudad de la que no había antecedentes inmediatos, pero sería parte del proyecto universal. Esas fueron pesadillas repetidas, fuentes de conflictos, y de inmediatas confesiones al ver la luz que traspasaba algunos vértices de las cortinas de mi cuarto. Oscilaba por esos temas espectrales y recurrentes, bien lejos de objetivas reflexiones, y para no generar disputas ni opiniones obscenas me resguardaba en el mutismo.

Las pesadillas acortaban los límites de mi serenidad, y eran las innatas adoraciones que hacía al misterio y la impotencia, dentro de vagos presupuestos que presentaban extraños paralelismos con la vida real. Sus fases conformaban en mí a la conciencia del absurdo. Me superponía a la tradición de dejarme envolver por hondos escenarios sin agregarle otros matices más que mis temblores.

La función de dormir es un fundamento de la vida: recompone al cuerpo y mantiene su forma, además de ofrecer apaciguadores efectos. Pero también se trata de la crítica más desaforada que se echa sobre el hombre que construye algo, y tiene un nombre y arraigo en el conjunto social que incluye a sus hijos, mujer, y lo remoto que se hace la familia. Está obligado a abandonar la sensatez sea cual sea la dirección que tomé.

Me dijo Dora que dormir es incorporarse a un culto angelical, y yo le respondí que más bien era enfrentarse con los propios ángeles y demonios.

Y le confeccioné esta narración de mis últimos sueños antes de que se perdieran sus torturadas y falaces formas. Todo empezó cuando decidí efectuar un viaje por sus insostenibles distancias, y conllevaron la reversión del mundo a partir de su trivialización, pero no tuve más opción

que asociarme a esas deplorables contingencias.

En los sueños uno se presenta como un viajero extranjero en su mismísimo ser. Dora supo que en estos había visto un grabado muy antiguo que mostraba a hileras de chozas inquietantes, y que hizo crecer a mi fe que de eso se desprendería una enseñanza. Yo nunca viajé ni vi las grandes maravillas del mundo, pero recorrí a enormes y terribles paisajes en los sueños. E interactué en el marco de fingidos amaneceres que no tenían ninguna relación con el que después se desplomaría al despertar. Porque la visión del cosmos cubierto de gloria se reducía a imágenes parciales y deficientes, a patrañas que restaban sentido a lo que se cree real.

En la aciaga noche del lunes me encontré encerrado dentro de ese ambiguo sistema, intentando comprender a las sombras sobre las que estaba parado, y le hablaba a mi hijo Tadeo, que había sido profusamente atestado por el asombro, con el objeto de establecer un punto de enlace más o menos seguro entre nosotros y el conjunto incoherente que nos rodeaba (del que nos habíamos convencido de que era el único y por ende el verdadero mundo).

No podía ignorar a los espectros que me atormentaban, aunque padecía de curiosidad o avidez por salir al encuentro de novedades en esa indistinguible locación. Mi hijo era el que trazaba las rutas, y que con amabilidad me contaba lo que pasaría. A mí lo que me importaba era mantenerme firme en la tendencia de dormir.

Él me explicaba lo que se deslizaba para que no brotara como una enojosa consecuencia, el tener que interrumpir al sueño. Me sometía a esas visiones que eran un choque frontal con la divinidad. Tadeo sabía los sueños eran cadenas que nos liberarían, y que había que poner toda la energía en soñarlos; reconocía cuales eran sus glorias tanto como a nuestras efímeras miserias. Y me ofrecía inteligentes trucos para que me entregue a sus numerosas corrientes antes de que estas se hicieran inestables, también me invitaba a relacionarme con seres apócrifos sin demostrarles hostilidad ni parecer desaprensivo.

Hice gala de una sociabilidad que no tenía un horizonte práctico ni orientación. Esas gentes se mostraban ahí y allí queriendo que yo los justificara (porque si no lo hacía, corrían el riesgo de extraviarse en la vaguedad, y tal vez, en lo inauténtico). Pronto uno descolló como quien sostenía intensas luchas conmigo, un pionero que no aceptaba mis fronteras disciplinarias, una amalgama de sombras que abreviaba al hombre y le daba una versión punitiva. Apelaba a ideas extrañas, y entretenía una eficiente autoestima pese a las banales intoxicaciones que le causaban sus lamentos y charlatanerías impuras. Sí, aquel que dijo llamarse Serafín no era contemplativo con aquellos a quienes les lanzaba

un resumen tremendo de sus tránsitos.

Los personajes de los sueños siempre fueron condensadas emisiones que bramaban ser dueños de una causa, y que en un momento armarían confabulaciones desde sus cámaras recónditas. Ellos acababan con las músicas cuando irrumpían con sus cacofonías insoportables.

Al principio mi adversario se me repiqueteó insignificante y hasta fugaz, pero se ocultaba detrás de esa pantalla para despistarme. Entonces le explique a Tadeo como en ocasiones lo espectacular se topaba con lo dramático. Él relativizó la ferocidad de ese personaje y me dijo que jamás adquiriría una constatación suficiente para tornarse conflictivo. Le dije que este alcanzaría la cima de su belicosidad en el momento en que yo llegara al punto central de mis sueños; en tal eventualidad no tendría problemas en remarcar sus pasos con alaridos con la idea de infundir terror. Serafín paseaba por mis espacios interiores sin que nadie le requiriera contraseñas; andaba jadeante por los diferentes teatros a la espera de que le tocara protagonizar un devenir. Y estaba dispuesto no sólo a desprestigiarme, sino a hacer que tambaleen algunas disposiciones que yo había tomado durante las sabias horas de vigilia. Complementaría con la fuerza a sus afanes oscuros, y depondría al núcleo de mi obra siguiendo perspectivas irracionales.

Y no tardó en apuntar su revolver en mí pecho, haciéndome esta pregunta:

"¿Eres tú el que morirá?".

Esa frase le salía espontánea y la contraponía con sonrisas nebulosas. No había más nada que discutir, y gozaba como si entonase a capela una música sacra y estridente. Armó ese acto sin evidenciar compasión ni una mínima empatía. Era un cínico que se congratulaba porque ya no permanecía en el desconocimiento de las sombras, y esperaba que su juego se remontara más alto con el correr de los segundos.

Le expliqué a Tadeo lo que pasaba, y que a esa noche no la rodeaban simétricos jardines... porque ese sujeto era una desviación cíclica de la naturaleza, un malandra que ocasionaba ruinas, aunque se mostrara torpe como un payaso.

Pero mi declaración no importunó a Serafín, que se tituló un sujeto afortunado que no se quedaría estático esperando la carroza o que le cayeran encima simbólicas riquezas. Acto seguido me espetó:

.- "Tú estás en mi reino y jamás escaparás a la validez de mis veredictos. Me siento decepcionado por lo bajas que son tus ambiciones. Te mataré o me adheriré a tu psiquis para desvincularte del gozo y conducirte a la

locura. Te recuerdo que soy Serafín, un agente de lo circular y ruinoso”.

Ese ser parlante (que no tenía una erudición especial) me pedía que me subordinara a sus designios. Consulté esto con Tadeo quien me dio la unidad de su saber que sonaba musical, aunque era una voz que no tenía nada de júbilo.

Entonces le dije a Serafín:

"¡Sumatra!".

Ese fue el ensayo más solemne que selló mi voluntad de resistir, y no me importó que así inflase a un relato sagrado o a una mera descripción profana. Se trataba de una palabra cósmica que según Tadeo nunca podría ser tergiversada, y que en una ínfima fracción de tiempo devolvió el serpenteado aliento a mi encogida humanidad; rápidamente eliminó mi pesimismo porque acepté que con esta se invertiría la situación y yo obtendría un poder mayor del que dan las armas. No calculé que fuera una ficción, por el contrario, le asigné un carácter netamente utilitario que me desvincularía de cualquier tenebrosa confrontación. A sus tempranos doce años, Tadeo tenía las ideas bien puestas.

Con esa advocación conseguí limpiar mi mente, y purgar a Serafín como una de las tantas contaminaciones que se filtraban en mis sueños. Respire complacido, ya que después de haber desbaratado a su complejidad retornaría la llana simpleza.

Los sueños se reinstalaron dentro de una sucesión agradable.

Sin embargo, un tiempo después erguí mi tronco y tanteé con los pies a lo que había a mi alrededor, e impulsándome a un costado de la cama de hierro, me levanté. Quizás me había despertado por los descomedidos indicios que dejó flotando Serafín. De acuerdo a la más básica articulación de fe en el mundo, me predique que debía asumir una posición vertical. Estar de pie era la clave para alejarse tanto de los campos que cosechan a la muerte como de tórridos sueños. No se incrustaron en mi alma las malvadas huellas de Serafín, a pesar de las truculencias con que intentó desorganizar los ejes de mi vida. ¿Qué había ocurrido en mis sueños después que desalojé a Serafín con esa ostentación de Tadeo, que fue el vocablo: "Sumatra"?

Observé en mi alrededor a la pequeña cantidad de cosas que prefiguraban la primera etapa de mi actividad diurna, aquello que había en el departamento y que al ser real no improvisaba variaciones. Esos muebles estaban unidos (y separados) por el intenso inventario mental que automáticamente hacía antes de encender la luz. Mis libros mantenían una sempiterna convivencia pacífica con las letras de los alfabetos, el diseño rectangular de la mesa de luz no se hizo más bajo o menos ancho del que

tenía antes de que me arrojara a la cama.

Habían pasado pocas horas desde que me había acostado, aunque sentí que duraron siglos. Y recordé como el bufón de Serafín me había lanzado anatemas como si fueran disquisiciones llenas de sabiduría. En esa alba yo seguía siendo el mismo con alguna que otra pequeña vacilación; un hombre de aspecto cansino (que trucaba como el propio de una persona llena de sosiego) cuyas singularidades volvieron a ser señaladas por el espejo. Éste reflejó a mis rasgos dentro de su plana dimensión, a mi nariz chata y algunos signos de alarma en mis ojos.

Recuperé un poco de mi vida intelectual anterior al sueño, y me dije que mi cuerpo nunca sería traspasado por los escalofríos que venían de adentro o los truenos que llegaban de afuera. Mi libertad consistía en dejar fluir al tiempo (cuestión de la que se fugaba el desdichado Serafín). Al comprobar la consistencia del entorno, pude ordenar mi mente.

En ese difícil horario me había desvelado y me desperté mucho antes de lo habitual. El silencio surgía como la energía amable y constrictora del universo, y pronto deje que me absorbiera su alargamiento. Me sedujo la posibilidad de que, si apoyaba otra vez mi cabeza en la almohada, sabría por qué había vencido a Serafín.

Al hacerlo, se precipitaron una inverosímil masa de imágenes que quería confundirse con mis recuerdos. Entrando de lleno en el sueño, decidí abocarme al plan de trabajo de ese día. Pero sus sacudidas me desviaron de la única realidad para trasladarme a otra que prometía ser prodigiosa. Nuevamente me había metido en una caravana que por ser irreal podría ser eterna. Se me presentaron misterios incomprensibles, y despiadadas críticas contra aquello que creía alcanzable o por lo que tenía una especial devoción.

Ese mundo al que mansamente me había predispuesto no tenía nada provechoso. Observé que se habían ampliado los cristales de la ventana, y que, de la mesa, mi mujer había retirado al mantel. Seleccioné un traje que mejoraría mi estética personal (tal vez sólo ansiaba parecer serio). Me puse un reloj de oro en la muñeca como símbolo de mi conexión con el mundo real y no con aquel que por unas cuantas horas me circunvalaría.

En esas circunstancias el sol no brindaba alerta ni luminosidad, y azorado atravesé a mustios parajes de lo que aparentaba ser una callejuela. Las cosas readquirieron un relieve fantasmal, y trate de convencerme de que no me enfrentaría con renovadas angustias. Miré al reloj con la credulidad que, al comprobar la regular rotación de sus agujas, no corría peligros. Me aseguré ser puntual en esos sueños que como mares picados se insinuaban problemáticos y poco caritativos.

Pensé que Serafín rondaría por ahí repitiendo a su viejo e irremplazable dogma ancestral. En el animado borde de mi imaginación deduje que me anunciaría que en alguno de esos huecos temporales me llegaría un súbito final. Sin dudas me comunicaría su profesión de fe en el vacío, pero también permanecería desplantado e inmóvil por temor a oír a la palabra prohibida. Así, el vigor de sus extraños encarecimientos no prevalecería en mi mente, ya que mi trabajo sería reinscribirme en la emancipadora realidad de Sumatra. Dora me sonreía considerablemente y pensé que nuestra bonanza tenía un carácter provisorio; en la última hora nuestras queridas y celebradas fantasías nos harían añicos.

Caminaba con ella, y Tadeo nos seguía con fidelidad; interpretaba lo que hacíamos, y nos tenía una enorme confianza. Nuestro limbo estaba immaculado si me atenia a especulaciones basadas en las apariencias. Quizás, en ese instante Tadeo imaginaba estar en la escuela con sus maestros y amigos, y concluía que no había tal cosa como árboles parlantes (mi función no consistía en velar que los cuentos de hadas fueran exitosos).

Los aluviones de falaces vivencias del sueño, le daban al rostro de mi hijo un aspecto de gracia desconcertante; su soñoliento estado lo hacía parecer indestructible. Con sus pocos años, Tadeo caminaba con mucha precisión sobre un mundo del que sentía que lo conocía de antemano, pero era sólo un niño en el que se iban recreando los inéditos rasgos del futuro.

Yo había penetrado en el meollo de su existencia sin tener que tocar objetos, hablar, o sonreír. Únicamente no permitía que azarosas situaciones destruyeran lo que no tenía por qué ser complicadísimo. Los dos, junto con Dora, nos hundíamos por los brumosos senderos de un mundo en el que no había sol ni luna, y en el que no se hablaba un idioma comprensible.

II

Durante el imperioso sueño habíamos avanzado por cuevas que se asimilaban a montañas, las que rápidamente menguaban, y se convertían en centelleantes ciudades sobre cuyas faldas se mezclaban aguas podridas en que flotaban miles de cadáveres de los que apenas distinguíamos a sus espesores. Igualmente buscábamos tesoros o algo inolvidable que nos diera poderes mágicos; sólo debíamos conservar un mínimo caudal de paciencia hasta que bajarán esas aguas apestosas.

Con Dora y Tadeo nos mirábamos con ternura, a sabiendas de que manteníamos lazos afectivos, aunque a veces jugábamos deliberadamente a desconocernos para no echarnos encima al peso de nuestros agobios. Sin embargo, de un porrazo les resultó difícil identificarme pese a ver a la fluidez de mi rostro, y mantuvieron bajas sus barreras para que no me

acercara.

Dora y Tadeo mencionaban a "Sumatra" como lo más sublime, el designio que serviría como la atalaya que había que subir si se quería avistar a las más grandilocuentes extensiones, Usaban a esa Palabra con una incontinencia que reputaban legítima; la consideraban como un inapelable escudo y algo similar a la posesión de un gramo de oro.

Nunca tuve nada que ver con esa isla. Vivo en Parque Avellaneda, y jamás añoré a aquello muy lejano ni a lo que se perdió con las edades. Pero meforcé a reflexionar que el radio de su aplicación dependía de una vastedad indivisible. Tadeo había sido el primero en hablarme de "Sumatra". Me había convencido que Serafín no se instalaría en mis sueños si me escuchaba decir "Sumatra".

Mi hijo me había explicado que no sería atrapado por el fastidio, ni razonaría una huida a territorios escarpados, si la proclamaba con el corazón. Regía una inviolable conexión entre esa palabra y la sencillez con que se reglamentaban los sueños (a los que preservaba en sus fachadas taciturnas).

"Sumatra" tenía algo de extravagante metáfora, y mucho de envalentonado método. Gracias a esta, un siniestro personaje perdió su horripilante elocuencia, y mi vida no fue más falseada bajo los abovedados techos de los sueños.

Lo malo fue que a Tadeo ya no le importó tener comida o alojamiento siempre que tuviera a mano a la palabra "Sumatra". Hablaba de esta desde la soledad y el retraimiento, o distribuyendo risas constantes. Y se hicieron más ásperas las complicaciones cuándo Dora me amenazó con tomar sus cosas e irse a Sumatra (en donde florecían "frutos inestimables"); ahí se manifestarían cantos y alegrías que no logré soldar a la claridad.

Pronto, en Tadeo surgió la deshilachada idea que, en la búsqueda de la perfección, había que eliminar a las demás palabras. Negó la existencia de algo a excepción de "Sumatra". Lo que no se incluía dentro de ese término, se trataba de acontecimientos que nunca se produjeron ni se producirían, o una carga de excitación de la que convenía liberarse.

Obstinadamente, se empeñó en sostener una total aquiescencia a "Sumatra" cualquiera fuera su humor o la umbrosa región en que se encontrase.

Así, tomé la decisión de no aceptar más el uso de "Sumatra". Porque si esa palabra significaba el todo, también inferiría la comisión de un crimen, la tragedia de no cesar de dormir, o un juego que sobrepasaría los límites de lo pomposo con la voluntad de hacerse interminable. Al despertarme, oí a esa inextinguible aliteración, y hasta le reclamé a mi hijo que, en

sus lecciones de geografía, olvidara que existía una isla con ese nombre.

Fin